

Isaac Asimov

Historia
Universal

La Formación de Inglaterra



La serie informalmente titulada *Historia Universal Asimov* que reúne las obras dedicadas por el gran novelista y divulgador científico a la evolución política, cultural y material de la especie humana.

La Formación de Inglaterra abarca el periodo que va de finales del Neolítico y comienzos de la Edad del Bronce —cuya principal manifestación es Stonehenge—, a la aceptación de la Carta Magna por el rey Juan sin Tierra (1215), comprendiendo, por lo tanto, la hegemonía romana de la isla, su cristianización, el periodo anglosajón —caracterizado por la existencia de los siete reinos— y la unificación bajo los normandos y la dinastía Plantagenet.

A mis padres,
en el año de sus Bodas de Oro.

1. Antes de los romanos

Las Islas Británicas.

En el año 1900, el reino insular de Gran Bretaña era la mayor potencia de la Tierra. Regiones de todos los continentes, que constituían un cuarto de la superficie terrestre y de su población, estaban bajo la dominación de la Reina Victoria de Gran Bretaña. Su armada podía derrotar a cualquier enemigo o suma de enemigos. Su lengua estaba difundida por el mundo y tenía mayor número de hablantes que cualquier otra lengua existente.

En las décadas que siguieron a 1900, cuando el poder de Gran Bretaña declinó y dejó de ser la principal nación del planeta, su lugar fue ocupado por los Estados Unidos de América, tierra colonizada originalmente por Gran Bretaña, que hablaba la lengua de Gran Bretaña y vivía bajo un sistema de leyes y gobierno heredado de Gran Bretaña.

¿Cómo llegó Gran Bretaña al pináculo del éxito y el poder? Después de todo, durante miles de años, mientras otras partes del mundo eran ricas y civilizadas, las Islas Británicas estaban escasamente pobladas, eran pobres y bárbaras y nada —nada en absoluto— parecía brindar alguna promesa de una grandeza futura.

La historia de cómo se produjo el éxito británico es larga y no puede ser contada toda en este libro. Pero podemos relatar los comienzos y ver cómo la isla y su población fueron moldeadas bajo los golpes de olas sucesivas de in-

vasores hasta llegar a su estado actual, hace casi mil años, para nunca ser conquistada de nuevo posteriormente.

El principal escenario de este relato lo constituyen las «Islas Británicas», un grupo de islas que se extiende al noroeste de la costa de Europa, con una superficie total de 320.000 kilómetros cuadrados, o sea, aproximadamente el tamaño del estado de Nuevo México de los Estados Unidos.

Las tres cuartas partes del total forman la isla de Gran Bretaña, con una superficie de 230.000 kilómetros cuadrados (aproximadamente el tamaño de Utah). En tiempos antiguos, los romanos la llamaron «Britannia», que en inglés se convirtió en «Britain» (Bretaña en castellano).

¿Por qué es ahora «Gran» Bretaña, pues? La razón de ello es que hace unos quince siglos algunos de los insulares huyeron a través de la franja de agua que la separa de Europa, buscando refugio ante invasores bárbaros. Se establecieron en la región noroccidental de la nación que ahora llamamos Francia, y el lugar en que se refugiaron se convirtió en una especie de Bretaña menor.

Este hecho se ha reflejado en el nombre actual de esa región. Es «Bretagne» en francés y «Brittany» en inglés. En latín es «Britannia Minor», que significa «pequeña Bretaña». Después de esto, la isla de la que provenían los refugiados tuvo que ser llamada «Gran Bretañas», para distinguirla de la pequeña Bretaña del Continente.

Hay algunos aspectos en que la isla es, en verdad, «grande», aun en tamaño. Es la mayor de las islas situadas frente a las costas europeas y la octava en dimensiones del mundo. A través de gran parte de su historia, estuvo ante una Europa en la que las grandes naciones no podían mantenerse unidas y que, por lo tanto, quedó dividida en pequeñas naciones. En tales condiciones, la isla de Gran Bretaña era una nación de respetable tamaño. En verdad, la nación que se destacó a comienzos de los tiempos moder-

nos no ocupaba la isla en su totalidad, sino sólo los tres quintos meridionales de ella.

Al oeste de Gran Bretaña hay una segunda isla importante, de sólo la tercera parte en tamaño. Los romanos la llamaron «Hibernia», y nosotros «Irlanda». Estuvo siempre condenada a permanecer a la sombra de la isla mayor.

Hace unos doce mil años, la región acababa de emerger del más reciente «Período Glaciar». Toda la Europa Septentrional, incluidas las tierras que fueron luego las Islas Británicas, estaba por entonces cubierta por una espesa capa de hielo. Lentamente, los glaciares se retiraron a medida que el clima se hizo más cálido, y por el 10.000 antes de Cristo aparecieron las tierras, frías y húmedas, y nada atractivas para establecerse en ellas.

La Isla aún estaba unida al Continente Europeo en aquellos remotos tiempos, y, atractiva o no, los hombres entraron en ella. Los cazadores cubiertos con pieles de la Edad de Piedra siguieron a los rebaños de animales hacia el Norte, a medida que se retiraban los hielos.

La región británica siguió formando parte del Continente durante varios miles de años. En el Este, muy lejos, se estaban formando pequeñas comunidades agrícolas en Canaán y las tierras altas situadas al norte del río Tigris, en Asia Occidental, y aparecieron en la Tierra los primeros centros diversos de civilización^[1]; pero en la nueva tierra del Noroeste no había más que grupos dispersos de cazadores errantes.

Lentamente, el clima mejoró, a medida que los oscuros bosques de pinos se extendieron hacia el Norte y los veranos se hicieron más suaves. Y los glaciares que aún había en el Norte siguieron fundiéndose. El nivel del mar aumentó, la superficie terrestre disminuyó y por el 6000 antes de Cristo las aguas en ascenso separaron a Gran Bretaña de Europa y a Irlanda de Gran Bretaña.

Ahora las aguas del Canal de la Mancha corrieron hasta el sur de Gran Bretaña, las del mar de Irlanda al oeste y las

del mar del Norte al este.

Quedaron en las islas los primitivos habitantes de la Edad de Piedra, cuyos restos aún se encuentran hoy en la forma de herramientas de piedra pulida y piezas de alfarería. Parecen haber tenido animales domésticos y explotado minas de sílex.

Su situación mejoró en el sentido de que ahora las islas sólo podían ser invadidas por mar, tarea más difícil que una mera migración terrestre. Esto iba a salvar a los habitantes en muchas ocasiones hasta la actualidad, y les dio un sentimiento de seguridad del que los pueblos del Continente raramente pudieron gozar.

Pero no siempre podía confiarse en eso. Las islas iban a experimentar muchas invasiones por mar, algunas de ellas con éxito.

El pueblo del Vaso Campaniforme.

Sólo oscuramente podemos entrever la más antigua de esas invasiones. No mucho después del 2000 a. C., el «Pueblo del Vaso Campaniforme» invadió Gran Bretaña. Es así llamado porque dejó características copas para beber, o vasos. También llevó consigo a la Isla el arte de tejer y el de la metalurgia. Este último fue importante, pues el pueblo del vaso campaniforme usaba armas de bronce, mientras que los anteriores habitantes no tenían nada mejor que la piedra. Con armas superiores, los invasores lograron imponer su dominación.

El pueblo del vaso campaniforme debe de haber sido mucho más que un mero grupo de bárbaros que sustituye a otro grupo más primitivo de bárbaros. Han dejado tras de sí reliquias infinitamente más impresionantes que los vasos. Ellas consisten en círculos de grandes piedras planas toscamente talladas y colocadas de pie.

El más famoso de esos círculos es llamado Stonehenge y está situado cerca de la ciudad de Amesbury, a unos ciento diez kilómetros al oeste de Londres. Está formado por dos círculos concéntricos de enormes piedras, de los que el círculo externo tiene 35 metros de diámetro. Las piedras tienen más de cinco metros de alto y dos o dos y medio de ancho. Treinta de ellas, que están de pie, constituyen el círculo externo, con otras treinta que están colocadas encima de ellas. Sólo treinta y dos de las sesenta piedras originales del anillo exterior están todavía allí, y sólo la mitad de ellas están aún erectas. Las piedras que faltan probablemente fueron rotas y usadas para la construcción por los habitantes del lugar de siglos posteriores. El círculo interior estaba formado por piedras menores, de las cuales sólo once están aún de pie. Pero hasta lo que queda constituye un espectáculo impresionante.

El análisis, por medios de datación modernos, de un trozo de carbón hallado en el lugar nos lleva a suponer que Stonehenge fue erigido alrededor de 1750 a. C. Sin embargo, extrañamente, el primer registro de una mención de Stonehenge por gente de la Isla se remonta a sólo once siglos atrás.

A la sazón, los insulares no tenían la menor idea de la gran antigüedad del monumento (que contaba ya con más de dos mil años). Tampoco sabían por qué había sido hecho ni cómo. Pensaban que debía de haber sido levantado por medios mágicos, mediante la hechicería del legendario Merlín.

De hecho, no estamos en mejor situación que los isleños de hace once siglos. Nadie sabe todavía a ciencia cierta cómo el pueblo del vaso campaniforme logró trabajar esas enormes piedras, considerando las herramientas de que disponían. Tampoco estamos seguros de la finalidad de los círculos. Ha estado de moda suponer que Stonehenge y otros círculos de piedra dispersos por las Islas Británicas eran utilizados en ceremonias de religiones primitivas,

pero no tenemos ninguna prueba de ello. En general, esta idea surge porque no podemos imaginar ninguna otra cosa para la que pueden haber sido usados.

Pero en 1963, el astrónomo anglo-americano Gerald Hawkins, de la Universidad de Boston, expuso la audaz idea de que los círculos de piedra como Stonehenge eran, en realidad, primitivos observatorios astronómicos. Haciendo uso de lo que quedaba de la construcción (que no sólo incluía las grandes piedras, sino también diversos pozos llenos de piedras), Hawkins demostró que era posible ubicar el sol en ascenso del solsticio de verano y predecir eclipses lunares.

Es difícil creer que un pueblo primitivo pudiese tener un saber astronómico tan complejo, pero es aún más difícil creer que todo lo que Hawkins puede demostrar surja de una mera coincidencia. Al parecer, el círculo tuvo que ser planeado con una intención astronómica. Sin duda, el motivo para seguir los movimientos del Sol y la Luna tan exactamente estaría, con gran probabilidad, vinculado con ritos religiosos, y, si fue así, Stonehenge está indirectamente relacionado con la religión, a fin de cuentas.

El pueblo del vaso campaniforme tampoco estaba completamente aislado de Europa, pese al agua salada que ahora rodea a la Isla. Sus gentes comerciaron con las ricas civilizaciones del Mediterráneo Oriental. Podemos preguntarnos qué podía ofrecer un pueblo relativamente poco avanzado como el del vaso campaniforme a los ya fastuosos centros de población del Este. La respuesta es: metal.

Durante mil años y más aún, el bronce fue el elemento principal para la guerra. Es mucho más resistente y fuerte que el cuero, y mucho menos quebradizo que la piedra. Era mejor que cualquier otro metal que pudiera hallarse en cantidad. Un ejército equipado con armas de bronce comúnmente podía derrotar a otro que careciese de ellas, y sin muchos inconvenientes. El mismo pueblo del vaso campaniforme lo había demostrado cuando entró en Gran Bre-

taña desde el Continente Europeo. Para todo grupo guerrero, pues, un problema fundamental era el de asegurarse un adecuado suministro de bronce.

El bronce es una mezcla de dos metales: cobre y estaño. Ninguno de ellos es muy común, pero las naciones civilizadas que bordeaban el Mediterráneo Oriental tenían buenas fuentes de cobre. La isla de Chipre, en la región nororiental del mar Mediterráneo, era una de ellas, y se supone que el mismo nombre «cobre» deriva del nombre de esa isla.

Con el estaño la situación era diferente. No sólo es en general raro, sino que sólo en muy pocas partes del globo se lo encuentra en concentraciones suficientes para una extracción provechosa. Las pequeñas cantidades que había en el Mediterráneo Oriental pronto desaparecieron y fue necesario buscar nuevas minas muy lejos. (En tiempos modernos, las minas más importantes están en el sudeste de Asia y en el centro de América del Sur, que eran inalcanzables para las primeras civilizaciones del Mediterráneo).

A la cabeza de la búsqueda de nuevas minas estaban los fenicios, un pueblo que habitaba en las costas orientales del Mediterráneo (los «cananeos» de la Biblia). Eran los más osados navegantes del mundo cuando el Imperio Egipcio estaba en su apogeo y cuando los griegos, aún bárbaros, combatían bajo las murallas de Troya.

Los fenicios recorrieron el Mediterráneo de un extremo al otro. E hicieron más aún; atravesaron lo que hoy llamamos el Estrecho de Gibraltar y se aventuraron por el mismo océano Atlántico; fue el primer pueblo civilizado que lo hizo.

En algún lugar del Atlántico, hallaron minas de estaño en islas que llamaron (según el historiador griego Heródoto) las «Casitérides». Puesto que la palabra griega para designar el estaño es «kassiteros», podemos llamarlas las «Islands del Estaño».

Se admite generalmente que las Islas del Estaño eran las que hoy llamamos Islas Scilly. Son un grupo de unas 140 pequeñas islas (de sólo unos quince kilómetros cuadrados de superficie en total) que se extienden a cincuenta y seis kilómetros al oeste del extremo sudoccidental de Gran Bretaña. El pueblo del vaso campaniforme vivió allí, sin duda, y todavía pueden verse en ellas restos de círculos de piedras. (Uno de ellos, de unos seis metros de diámetro, se halla en la isla de Samson).

Ahora hay poco estaño en las islas, pero hay un poco en la parte de Gran Bretaña que está más cerca de ellas. Es la región llamada Cornualles, y aunque las minas de estaño de aquí han sido explotadas durante unos tres mil años, aún producen pequeñas cantidades.

Entre 1500 a. C. y 1000 a. C., cuando los barcos fenicios navegaban por el océano hasta Gran Bretaña, las Islas Scilly y Cornualles deben de haber sido lugares activos. Después del 1000 a. C., cuando la importancia del bronce declinó, al descubrirse modos de extraer el hierro, el comercio del estaño decayó y la importancia de Cornualles se esfumó.

Deben de haber perdurado recuerdos de una época en que el extremo sudoccidental de esta península contenía una pujante ciudad, y surgieron leyendas para explicar por qué esa ciudad había dejado de existir. El espacio situado entre las Scilly y la punta de Cornualles (decían las leyendas) fue antaño tierra seca y constituyó el Reino de Lyonesse. Figuraba en las leyendas del Rey Arturo como la patria de uno de los más famosos caballeros, Tristán, y ha sido desde hace mucho una de esas crepusculares tierras románticas que pueden encontrarse en los libros de cuentos pero no en el mapa. Sugiero, pues, que Lyonesse sólo es el vago recuerdo de las Islas del Estaño.

Podríamos suponer que Gran Bretaña fue llevada al ámbito de la civilización, al menos un poco, como resultado de ese comercio, pero no fue así. Los fenicios que rían conservar su monopolio. Sólo ellos sabían donde estaban las

Islas del Estaño; por ello, mantuvieron el estricto control de la provisión de bronce, como las naciones actuales quisieran mantener el estricto control de los suministros de uranio. El comercio de Gran Bretaña tenía una base muy estrecha, pues, y cuando decayó la importancia del bronce, desaparecieron las pequeñas ganancias que su gente había logrado.

La llegada de los celtas.

Mientras el pueblo del vaso campaniforme erigía sus círculos de piedra y comerciaba con su estaño, se preparaban malos tiempos para él en el Continente.

En Europa Central, alrededor de 1200 a. C., vivía un grupo de pueblos a los que los griegos llamaban «keltoi». Probablemente, esto era una versión de un nombre con el que se llamaban a sí mismas las tribus particulares que encontraron los griegos. Ese nombre quizá proviniese de una palabra que significaba «valor» en la lengua nativa; en otras palabras, se llamaban a sí mismos «los valientes». Este nombre se ha convertido en «celtas» en castellano.

Otro nombre, probablemente de la misma fuente, es «Galli», que nos transmitieron los romanos y que para nosotros se ha convertido en «galos».

Los celtas gradualmente se expandieron al oeste y al este, y por el 1000 a. C. ocupaban la mayor parte de la que hoy llamamos Francia. En tiempos antiguos, esta tierra era llamada «Galia», por sus habitantes celtas.

No mucho después del 1000 a. C., bandas de celtas cruzaron la franja de agua que separa a las Islas Británicas del Continente. (En su parte más estrecha, esta franja de mar sólo tiene treinta y cinco kilómetros de ancho y es llamada en la actualidad Paso de Calais [Strait of Dover, en inglés].)

Llegaron a tener un asiento permanente en la región sudoriental de la Isla, y lentamente fueron expandiéndose. Tenían la ventaja sobre el pueblo del vaso campaniforme de llevar consigo el nuevo metal bélico: el hierro. Éste era mucho más común que el cobre y el estaño, y con él se podían fabricar armas más duras, más resistentes y mejores que las de bronce. El hierro tenía sobre el bronce la misma superioridad que había tenido el bronce sobre la piedra.

La única gran desventaja del hierro consistía en que era más difícil de extraer de sus minerales que el cobre y el estaño. Sólo algún tiempo después del 1500 a. C. se creó la técnica apropiada para la metalurgia del hierro en las regiones al sur del Caspio. Lentamente, este conocimiento se difundió, y con los celtas llegó a Gran Bretaña, que entró entonces en la «Edad del Hierro».

Por el 300 a. C., las tribus célticas dominaban casi toda la isla de Gran Bretaña. Más tarde, algunas de las tribus pasaron también a Irlanda.

Los celtas no sólo llevaron con ellos el hierro sino también importantes mejoras en la vida cotidiana: el uso de la madera para suelos y puertas, por ejemplo, y comodidades secundarias como navajas de afeitar para los hombres y cosméticos para las mujeres.

Las ciudades célticas alcanzaron un respetable tamaño, considerablemente mayores que todo lo que se había visto antes. La más grande, quizá, estaba en el lugar ahora ocupado por Glastonbury, en la parte sudoccidental de la Isla, a ciento cincuenta kilómetros al oeste de Londres.

Las lenguas célticas son una rama del gran grupo indoeuropeo de lenguas. Estas tienen una base gramatical común y una variación fácil de seguir en el vocabulario fundamental; son habladas en vastas extensiones de Europa y Asia, desde las Islas Británicas hasta la India.

Un dialecto céltico que se difundió por Gran Bretaña es llamado el «britónico». Este nombre, indudablemente, derivó del nombre que se daba a sí misma la tribu que lo ha-

blaba y que más tarde dio origen a la palabra «Bretaña». Al referirme a los habitantes celtas de la Isla, los llamaré «britanos».

Los invasores celtas de Irlanda hablaban otro dialecto céltico llamado «goidélico». La versión de esta palabra que sobrevive hoy es «gaélico».

Por la época en que los celtas habían llegado a dominar las Islas Británicas, alcanzaron el momento de su máximo poder en Europa. No sólo se habían apoderado de Britania y la Galia, sino también se habían expandido hacia el Oeste, a España, y al Este, hasta las regiones que hoy llamamos Polonia y Rumania.

Hasta atravesaron los Alpes e invadieron Italia. En 390 a. C., los galos (como los llamaban los romanos) tomaron la misma Roma. Sin duda, Roma sólo era una pequeña ciudad de Italia Central a la sazón. Aún no se había destacado en el mundo, y durante tres siglos y medio no había hecho más que combatir con ciudades vecinas tan oscuras como ella. Más tarde, los galos se marcharon y Roma se recuperó^[2], pero la Italia Septentrional siguió siendo céltica durante varios siglos más.

Más de un siglo después, los galos hicieron correrías más al este y penetraron en los centros mismos de la civilización. En 279 a. C., penetraron en Grecia, matando y saqueando. Algunos grupos hasta cruzaron el mar Egeo y penetraron en la península de Asia Menor. Finalmente, fueron derrotados y se asentaron en la región central de esta península. Esas regiones fueron llamadas «Galacia», o «tierra de los galos»^[3].

Pero éste fue el momento culminante de los celtas. Sus enemigos se estaban agrupando, tanto desde las zonas civilizadas como desde las bárbaras.

Los romanos, después de recuperarse del saqueo de su ciudad por los galos, pasaron con sorprendente velocidad a imponer su dominación sobre partes cada vez mayores de

Italia. En el 270 a. C., cuando los galos se asentaban en Galacia, Roma ya se había impuesto a toda la Italia al sur de la región céltica.

Ahora, los ejércitos romanos estaban demasiado bien organizados para que los galos, más primitivos, pudieran resistirlos. Por el 222 a. C., los romanos habían llegado a los Alpes y absorbido a las regiones célticas del norte de Italia.

Entre tanto, en la región que ahora llamamos Alemania del Norte y Escandinavia, había otro grupo de tribus que, no hablaba ninguno de los dialectos célticos. Su lengua también era indoeuropea, pero pertenecía a otro subgrupo. Eran los germanos.

Los celtas, en su expansión, no habían podido apoderarse de las tierras germánicas, pero las habían rodeado por todas partes. Pero a medida que pasó el tiempo, la presión demográfica obligó a las tribus germánicas a lanzarse hacia el Sur. Las líneas célticas al principio resistieron, pero la presión era demasiado fuerte.

Por el 100 a. C., los celtas de Europa Oriental estaban siendo superados y los germanos se habían desplazado al Oeste hasta el río Rin. Del otro lado del Rin, germanos y celtas se enfrentaron. La situación era particularmente difícil para los celtas por el hecho de que, en el Sur, el poder romano había absorbido casi todas las tierras mediterráneas.

Aun en este momento de crisis para los celtas, Britania permaneció a salvo. Como ocurrió a menudo en la historia de la Isla, los treinta y cinco kilómetros de extensión de mar abierto que forman el Paso de Calais fue como un enorme foso de castillo que mantuvo alejados a todos los enemigos ocasionales.

Claro que osados viajeros de las tierras civilizadas del Mediterráneo a veces visitaban Britania, por lo que ésta no se perdió enteramente de vista.

Una visita famosa tuvo lugar alrededor del 300 a. C. Fue la de Piteas de Massalia (la moderna Marsella).